

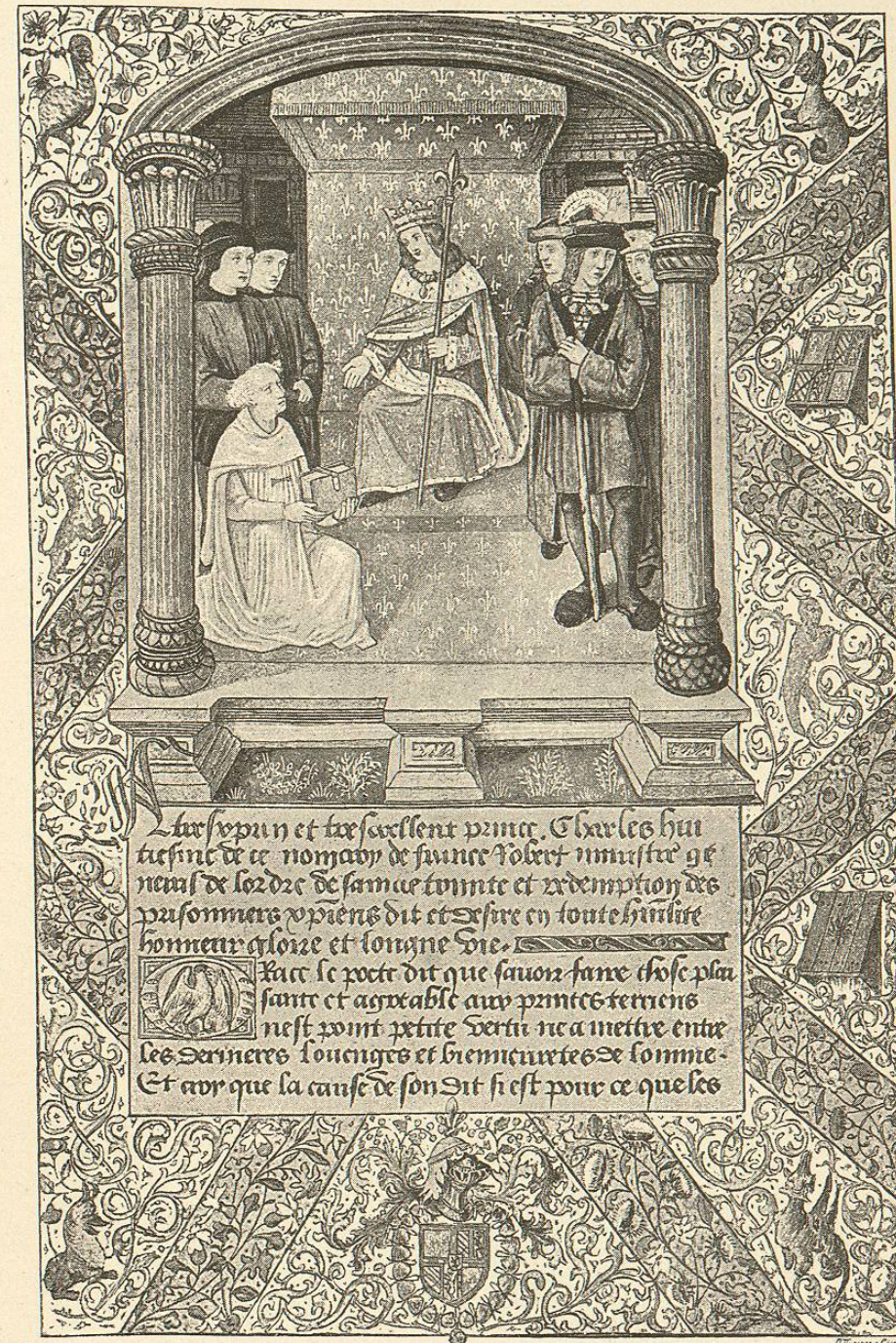
la campaña de Maximiliano, arriándose a la proteccion de Francia, que con la sumision de la Bretaña acababa de cobrar nuevas fuerzas.

Mucho cuidado dieron a los países vecinos los triunfos de las armas francesas. En especial la Inglaterra vióse amenazada política y mercantilmente con la adquisicion de la Bretaña y acaso de los Países Bajos por la Francia; y el rey Enrique VII, aunque nada amigo de guerras, no pudo menos de comprometerse en una alianza con Maximiliano, con el cual se aliaron tambien en el Mediodía Fernando de Aragon é Isabel de Castilla para arrebatar otra vez a la Francia la Cerdeña y el Rosellon. De nuevo fué la Bretaña el teatro de la guerra. Había muerto allí en setiembre de 1488 el duque Francisco II y le había sucedido en el trono ducal su hija mayor Ana, de edad de 12 años. Para defender los derechos de esta niña contra las pretensiones de la corona de Francia tomó las armas la nobleza bretona, en vista de lo cual el rey y su hermana procuraron introducir entre sus enemigos la division por medio de algunas concesiones, exigidas además por el peligro de que se rehiciese la liga en cualquier momento. En julio de 1489 hizo el rey Carlos VIII las paces con Maximiliano en Francfort, renunciando a auxiliar en adelante a los flamencos sublevados, los cuales tuvieron que someterse a la casa de Habsburgo y pagarle una suma considerable de dinero. Por otro lado Carlos VIII amnistió y devolvió sus honores y bienes a los directores de la liga y mediadores de la alianza de ésta con Maximiliano, figurando en primera línea Dunois y Comines. A pesar de esto no era muy sólida la paz que así se obtuvo; ambas partes recelaban y trataron de tomar posiciones ventajosas para el caso de que volviese a estallar la guerra. Por esto los franceses dejaron contra lo convenido sus tropas acantonadas en la Bretaña, donde hubo una campaña sorda de intrigas con peripecias sorprendentes entre el partido de Habsburgo y el francés; aquel quería apoderarse del país con el pretexto de velar por su independencia, y éste se proponía incorporarlo, como todos los grandes feudos de la corona, a la monarquía francesa. Maximiliano, que acababa de expulsar a los húngaros de sus Estados hereditarios, mientras hacia en el verano del año 1490 su entrada solemne en Viena, solicitó oculta y sigilosamente la mano de la jóven duquesa Ana de Bretaña, la cual admitió la proposicion favorablemente, creyendo que solo de esta manera podía librar a su país del azote de la guerra. El casamiento se hizo por poderes y la jóven Ana tomó entonces el título de «reina de los romanos.» Así como Ana de Bretaña había creído librar a su país de la guerra, Maximiliano creyó con este casamiento haber incorporado a sus Estados la Bretaña; pero ambos se equivocaron, y su matrimonio por un encadenamiento singular de circunstancias, sirvió solo para la incorporacion del territorio breton a la monarquía francesa. Desde luego fué grande el despecho de Alan de Albret, miembro de la poderosa casa que por casamiento había conseguido ya la corona de Navarra. Este magnate había solicitado tambien la mano de la jóven duquesa Ana y solo la esperanza de obtener con este casamiento el ducado de Bretaña le había hecho ingresar en la liga. Viéndose burlado, apresuróse a hacer las paces con Carlos VIII bajo la condicion de ser reintegrado en sus bienes y de recibir una indemnizacion en dinero. En cambio entregó a los franceses la ciudad de Nantes, que le estaba confiada y en la cual hizo luego su entrada solemne el rey Carlos, decidido a tomar en adelante el gobierno del reino en sus manos propias. Tenia entonces 21 años, pero las pruebas de prudencia, buen tacto y energía que dió, así como la posicion independiente que súbitamente ocupó y mantuvo al lado de su hermana demostraron que bajo la di-

reccion de ésta se había hecho un excelente hombre de Estado: solo que su criterio propio le hizo seguir en política otro camino distinto del de su hermana. Físicamente poco desarrollado y hasta un tanto contrahecho y débil, tenía un genio caballeresco que rayaba a veces en lo fantástico. Repugnaba a su carácter, amante de todo lo grande y vasto, servirse de intrigas pequeñas y ruines, a las cuales su hermana, semejante a su padre, debía la mayor parte de los triunfos que había obtenido en beneficio de la corona real y del rey su hermano. Carlos VIII deseaba acabar con las discordias interiores y llegar a una paz franca, sincera y perdurable entre la corona y los grandes feudatarios, olvidando y perdonando sin reserva ni rencor lo pasado, para satisfacer su afán de grandes hechos de guerra y elevar a la Francia a una posicion dominante entre las demás naciones. Movido por tan nobles impulsos, hizo súbitamente la paz con Luis de Orleans, prisionero suyo encerrado en Bourges desde la jornada de Saint-Aubin du Cormier. Pudo mas el afecto que al rey siempre había inspirado su gallardo y brillante cuñado, al cual Luis XI probablemente había destinado el primer puesto al lado de su sucesor, que las consideraciones de la política desconfiada y cautelosa y las insinuaciones malévolas de su hermana, enemiga personal del duque de Orleans. Carlos se presentó de improviso en su prision de Bourges para hacerle su proposicion. El duque aceptó y se declaró pronto a ayudar a su cuñado con celo y actividad en su política nacional. Dunois y los demás compañeros de la liga imitaron a Orleans; todos hicieron las paces con el rey, y éste a todos concedió perdon amplio y los colocó en puestos donde tuvieron ocasion abundante de hacer olvidar con sus buenos servicios sus anteriores extravíos. La hermana del rey dejó en manos de éste las riendas del Estado sin resentimiento ni pena, y su esposo, desde la muerte de su hermano, jefe de la casa de Borbon y dueño de los ducados de Borbon y de Auvernia y del condado de Forez, además de los condados de Clermont y de Marche, que poseía ya antes, siguió gustosamente la política nueva del rey olvidando el antiguo rencor que hasta entonces había profesado al duque de Orleans y a sus partidarios.

Con esto quedó cerrado este último periodo de turbulencias y de luchas civiles que se había abierto a la muerte de Luis XI. El jóven rey Carlos VIII, gracias a la prudencia y energía de su hermana, pudo conservar el poder soberano que su padre había conquistado, al paso que el uso blando que de este poder se hizo, y que tan ventajosamente contrastaba con el despotismo cruel é inclemente de Luis XI, acabó con los últimos conatos de resistencia. La alta nobleza misma fué reconociendo el nuevo orden de cosas y procuró en adelante aumentar sus posesiones y adquirir honores y gloria al servicio de la monarquía y de la política nacional de un rey jóven animado de propósitos elevados.

Era muy natural que la política adoptada y seguida por Carlos VIII fuese opuesta a la de la casa de Habsburgo, a fin de impedir el aumento ya grande de su poder. El genio emprendedor y movedido de Maximiliano amenazaba y contrariaba a la Francia en todas partes: había servido de apoyo a la liga; había atacado repetidas veces la Picardía y el Artois; había armado contra la Francia a la Inglaterra, a Castilla y Aragon, y por último se había apoderado por sorpresa de la Bretaña, territorio que el rey de Francia pensaba incorporar definitivamente a su monarquía. Si Carlos VIII dejaba a Maximiliano consumir la adquisicion de la Bretaña, hubiera tenido por aquel lado un vecino que no habría dejado ni un momento de reposo a la Francia. Fueron, pues, una prueba del buen criterio práctico de Carlos, no obstante su inclinacion a proyectos descomunales, su decision de



Página dedicatoria de la traducción de los *Comentarios* de Julio César.

El traductor, Roberto Gaguin, ofrece respetuosamente su obra al rey Carlos VIII de Francia.
El original se conserva en la Biblioteca Laurentina, de Florencia.

expulsar al Habsburgo de la posición que había ganado en la Bretaña y la orden que en virtud de su derecho de soberano feudal dió á la jóven duquesa Ana de anular su casamiento, hecho solo por poderes, con Maximiliano, y elegir otro esposo. Dió fuerza á esta orden el descontento de la nobleza y del pueblo de Bretaña, los cuales no veían con buenos ojos que un alemán les gobernara, cuando la historia, las costumbres y el idioma les inclinaban mas que á la Alemania á Francia. El conde Dunois aprovechó esta disposición y la presencia de fuerza armada francesa en el país para trabajar en favor de Carlos VIII. Este, teniendo ya preparado el terreno, al saber que la duquesa Ana había declarado que si había de casarse con otro que no fuera Maximiliano había de ser con un rey, ofreció partir su trono con la jóven. Verdad es que en la corte de Francia se estaba educando Margarita, la hija de Maximiliano, desposada con Carlos desde la paz de Arras hecha en 1482, pero devolviendo á su padre el dote y la princesa, que contaba solo 12 años, y cediéndole como se pensaba el Franco Condado y el Artois, podría arreglarse el asunto. En efecto, antes de concluir el año 1491 quedó todo realizado. El 15 de noviembre fueron casados sigilosamente en la ciudad de Rennes, capital de Bretaña, la ya titulada reina de romanos y Carlos VIII, quedando anulado el casamiento por poderes, pero se convino en que si Carlos moría sin tener hijos la viuda podría casarse con Maximiliano ó con su sucesor ó el heredero de éste, pasando en tal caso la Bretaña á la casa de Habsburgo. En diciembre del mismo año se celebró la boda con toda solemnidad y fausto. No fué feliz este matrimonio para Ana á causa de las aventuras galantes del rey, sobre cuya imaginación voluble y llena de vastos proyectos jamás adquirió influencia ninguna, pero entretanto aprovechó su posición para favorecer á su país la Bretaña. En un parlamento de los brazos del ducado reunido en Nantes en noviembre del año 1492 prometió Carlos solemnemente respetar y mantener todos los fueros y privilegios del país incluso el antiguo derecho de fijar y distribuir los impuestos. Esto dió á la Bretaña en algunos conceptos una posición privilegiada entre los demás territorios de la monarquía, y por lo mismo se sometió desde luego gustosa al nuevo orden de cosas, que contrastaba tan agradablemente con la situación de los últimos años, llena de turbulencias y contiendas en las ciudades y entre la nobleza. Gradualmente se fué perdiendo el carácter nacional breton, tan antiguo y tan mezclado de elementos céltas, y penetraron en Bretaña la vida y el modo de ser del pueblo francés, antes antipático á los bretones.

Por lo pronto pareció que la política atrevida de Carlos VIII debía atraer á la Francia complicaciones graves y nuevas guerras. Maximiliano, doblemente ultrajado, como esposo por haberle Carlos quitado la mujer y como padre por haberle devuelto la hija, sin contar la pérdida de la Bretaña que también le había sido arrebatada por su astuto adversario, se propuso vengarse, y para ello remover cielo y tierra, ya que solo nada podía hacer. Fernando de Aragon é Isabel de Castilla, que acababan de aniquilar con la toma de Granada el último resto del secular dominio árabe en España, insistieron de nuevo en la restitución de la Cerdeña y del Rosellon. En Inglaterra, donde eran todavía vivas las grandes tradiciones de las guerras con Francia, y donde la posesión de Calais era todavía un poderoso aliciente para intentar la reconquista de Francia, los ánimos estaban agitados y pedían á voces la guerra contra el enemigo secular; mas Enrique VII, que conocía el peligro que para el país y para su trono, no bien consolidado, entrañaba semejante empresa en el estado exhausto en que las guerras civiles habían dejado á la Inglaterra, estaba muy lejos de querer penetrar

en terreno tan resbaladizo. Por prudencia se mostró al parlamento muy decidido á emprender luego la conquista de Francia, pero en su interior resolvió no dar un paso. Las meras demostraciones belicosas impresionaron sin embargo al rey Carlos, no porque temiera la guerra con todos sus adversarios, porque siendo dueño de la Bretaña, hasta entonces lugar de reunión de los enemigos interiores y exteriores de Francia, y pudiendo ya contar con la cooperación entusiasta de los grandes del reino, antes tan levantiscos y refractarios á la corona, bien podía aguardar muy tranquilo los ataques del exterior, sino porque estaba impaciente por realizar sus grandes proyectos, que habían de darle la gloria y provecho que su ambición anhelaba, no obstante ser hijo de su época, tan horriblemente egoísta y materialista bajo la raída apariencia de una caballerosidad romántica. Su gran proyecto era la conquista de Italia, luego la de Sicilia y desde allí finalmente la de Palestina, para conseguir lo que no habían logrado tantas cruzadas, esto es, librar para siempre los Santos Lugares de manos de los infieles. Ardiendo en estos deseos, estaba pronto á desembarazarse de sus enemigos presentes á costa de algunas concesiones, á fin de tener libertad de acción para emprender la realización de sus ilusiones. La guerra con el rey de Alemania amenazaba echar por tierra ó aplazar indefinidamente la ejecución de su proyecto, y por lo mismo mostróse súbita é inesperadamente muy tratable y pacífico. A Inglaterra ofreció una buena indemnización de los gastos de la guerra que había hecho para auxiliar á Ana de Bretaña, ofrecimiento que Enrique VII aceptó gustoso, renunciando á la guerra. A Fernando é Isabel cedió los territorios que reclamaban, y á Maximiliano contentó en la paz que firmaron en mayo de 1493 en Senlis, devolviéndole el Franco-Condado y el Artois, que el imperio alemán difícilmente habría podido reconquistar entonces con las armas. Sin embargo, esta cesión no podía ser definitiva, atendidas las circunstancias especiales de aquellos territorios; y así al tratar la Francia de recobrarlos á la primera ocasión ocurrieron muchas complicaciones, á medida que fué tomando cuerpo el antagonismo entre los Habsburgos y los Valois. A pesar de esto, con la cesión del Franco-Condado y del Artois quedó muy bien pagada la paz insegura que Carlos hizo con Alemania. Después, con los reveses que siguieron á los primeros triunfos del rey de Francia en Italia, se inauguró una era de grandes guerras europeas que acabaron con aquella paz, y fueron tan funestas para Francia como para Alemania. Estas guerras suscitaron, en efecto, antagonismos y conflictos interiores, que impidieron el desarrollo de ambos países; solo que el poder real no salió tan menoscabado en Francia, donde se hallaba mas sólidamente establecido que en Alemania. Los obstáculos interiores suscitados fueron sin embargo en Francia bastantes para paralizar la actividad de Carlos VIII en el extranjero y causarle grandes disgustos. Su mala administración económica le arrastró á oprimir al pueblo con cargas que promovieron serias reclamaciones. Carlos, á pesar de su buena voluntad, no tuvo la energía necesaria para acallarlas, porque habría sido menester renunciar á su proyecto fantástico, para lo cual le faltaba la fuerza y una vez envuelto en la enredadísima cuestión de Italia estaban comprometidos el honor y los intereses de la Francia y en gran parte su porvenir. Las complicaciones que de allí surgieron conmovieron toda la Europa y amenazaron cambiar su moderna distribución política, porque el sucesor de Carlos continuó la política extranjera de éste. Carlos VIII murió súbitamente en Amboise el 7 de abril de 1498 sin dejar hijos, por haber muerto muy pequeños los tres que le había dado Ana de Bretaña. Su sucesor fué por tanto Luis XII, ó sea Luis